¡Qué resignacion! qué valor! qué dulzura! qué paciencia! qué dignidad! qué bondad! qué renuncia de sí mismo! qué sublime abandono! qué muerte! Es preciso adorar antes que describir tantas y tan sublimes perfecciones, que son tan poco meditadas. Es la santidad misma de Dios bajo la condicion de hombre. Es el hombre-Dios. ¿Cuál no seria el resplandor de su divinidad, para que á la vista de sus restos ya ecsánimes proclamase en alta voz uno de sus mas crueles verdugos: "Verdaderamente este era Dios," y para que al cabo de diez y ocho siglos el deismo mas osado, lleno de entusiasmo, se haya desvanecido hasta el estremo de escribir: *Si la muerte de Sócrates es de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un* Dios (1)?

En el sacrificio de este divino mediador la humanidad, cubierta con el mérito de sus sufrimientos, pudo aprocsimarse á aquel Dios terrible que habia ofendido; y el Dios mismo, sin contenerse por su justicia, ya para siempre satisfecha, pudo reconciliarse con el mundo (2). La gloria del cielo y la paz de la tierra se abrazaron. La justicia y la misericordia fueron la una al encuentro de la otra hasta confundirse en un solo ósculo, y este mediador mismo, autor de semejante reconciliacion, recojió las primicias por su resurreccion, y se constituyó su depositario; conservó en sí las dos naturalezas para siempre unidas en la gloria y en la paz.

Hé aquí la obra maestra de la sabiduría divina, mas grande que el mal mismo que reparó, elevando á la humanidad á un punto mucho mas alto que aquel de donde habia caido, y dándole verdaderamente ocasion de esclamar en la admiracion de esta maravilla: "¡Oh feliz culpa, que mereció semejante reparacion!"

No se salvó la humanidad inmediatamente y sin su participacion; se salvó como se habia perdido, por mediacion del nuevo Adán, y voluntariamente por su adhesion á los aucsilios de que este es orígen. Es menester hacerse de la raza del Cristo, unirse voluntariamente á su gracia y contraer con él esos vínculos del alma, que á semejanza de los vínculos de la sangre y de otros mas fuertes todavía lo trasladarán á nosotros de tal manera, que lleguemos á ser otros tantos Cristos por la gracia como habiamos sido otros tantos Adanes por la naturaleza. En este estado, por nuestra parte, imitando su vida y su muerte, santificamos los males de la naturaleza, los fecundamos, y nos ofrecen estos los elementos de la redencion particular de cada uno de nosotros, por la que alcanzamos una rehabilitacion superior y definitiva en el cielo, donde se realizarán todas nuestras esperanzas, y que seguramente no hubiéramos conseguido jamas sin aquella.

Así es como la cruz de Jesucristo, no tan solo nos patentiza la santidad, la justicia, el amor de Dios, sino tambien y en igual grado su sabiduría en el plan de salvacion que ella misma consuma.

5. En fin, fáltanos ver de qué manera la cruz manifiesta su poder.

(1) J. J. Rousseau, *Emilio.*
(2) *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi.* Epist. ad Heb.

Lo que constituye la debilidad aparente de Jesucristo crucificado, y le atrae el desprecio del mundo, es precisamente lo que espresa en el mas alto grado toda su fuerza y la hace brillar como dominando el cielo y la tierra. Vamos á proponer en seguida tres consideraciones.

Si algo pudiese haber difícil para Dios, no seria, como nos sucede á nosotros, que no tenemos mas que un poder relativo y prestado, el hacer actos de fuerza ostensible y de gran majestad; porque como él posee en sí la plenitud del poder, y es el *Dios fuerte*, no tiene necesidad por esto mismo mas que de una efusion de su naturaleza. Por esto siempre que los libros santos hablan de la creacion del universo nos la representan como un juego del divino poder, "que dió á las olas del Océano las nubes por "cintura, y que lo fajó como una madre faja al hijo "que acaba de dar á luz, y á cuya presencia los "mundos se balancean como una gota de rocío sus-"pendida de la hoja del árbol," etc.—Y al contrario, lo que pareceria un acto de fuerza y de poder superior á todo esto, de parte de la fuerza y del poder mismo, seria el replegarse, contenerse, dejarse dominar de sí misma, y anonadarse hasta tomar la actitud de la debilidad y de la impotencia misma.

Bajo este punto de vista el *fiat lux* de la creacion, que arrojó los mundos luminosos en el espacio, dista mucho, como espresion del poder divino, de la que resplandece en aquel acto de la pasion del Hombre-Dios, cuando, siendo el blanco de la rabia é injusticia de sus enemigos, preguntado por Pilatos qué era lo que tenia que decir, él, la inocencia, la santidad, la verdad misma, que tantas veces habia *seducido al pueblo*, como se le echaba en cara, y confundido á los fariseos; él, autor de tantos milagros....enmudeció. JESUS AUTEM TACEBAT. ¡Qué silencio!!! Aun considerándolo solo como hombre, ¡cuánto mas enérgico es que los discursos mas bellos, que los discursos de Sócrates en presencia de sus jueces! Y si recordamos que aquel que callaba era el Verbo que formó el mundo de la nada, que en aquel momento lo tenia suspendido de su mano, y en una palabra, que podia destruirlo, ¿hay poder mas grande que semejante absorcion de su poder? —"¿Piensas acaso, habia dicho rechazando la vana ayuda que habia querido darle el sable de Pedro, que no puedo rogar á mi Padre, que me enviaria al momento mas de doce legiones de ángeles?"—¡Este aniquilamiento era pues voluntario! ¡Cuánta fuerza de voluntad no supone de parte del Sér por escelencia! ¡Cuánta fuerza de amor, supuesto que por nosotros se habia puesto en semejante estado! EXINANIVIT SEMETIPSUM PRO NOBIS. Todo su poder se habia puesto al servicio de su amor. Subiendo gradualmente la escala de su sacrificio, se sometia á él con entera libertad, dejándose atar, insultar, azotar, crucificar; dejándose hasta quitar la vida y reducir á la muerte mas afrentosa, para llegar al cumplimiento de la última profecía, y poder esclamar: *Todo está consumado.* "¡Qué grandeza en estas palabras! dice "d'Aguesseau. Por ellas se verifica lo que el mismo Jesucristo habia profetizado cuando decia: *Na-"die me quita la vida, pues soy yo mismo que me la*

"quito; puedo dejarla y volverla á tomar. No son "pues ni los judíos, ni los gentiles, ni los tormentos, "ni la cruz quien lo mata, sino su sola voluntad: "*Oblatus est quia ipse voluit.* Muere porque todo "está consumado con su voluntario sacrificio, y por "estas palabras se inmola, por decirlo así, á sí mis-"mo, sin otra causa de muerte que su voluntad, so-"metida á las órdenes de su Padre para ofrecerle la "única hostia que era digna de él (1)."

¡Qué grandeza y qué fuerza! ¡Cuán bien dijo S. Pablo: *Christum crucifixum Dei virtutem!*

Hay una segunda consideracion que hará brillar mucho mas aun esta verdad.

Por un defecto de nuestra naturaleza no tenemos por grandezas mas que las grandezas carnales, y el triunfo de la fuerza que hace los conquistadores y los reyes, y que pone bajo su servidumbre á la multitud. Si Jesucristo hubiese querido estas grandezas, las hubiera sin duda tenido, pues sabemos que quisieron hacerlo rey, y que el espíritu humano se inclinaba entonces á considerar el advenimiento del Mesías bajo el punto de vista de la conquista y del poder material. Pero precisamente venia á destronar esta especie de grandezas, y debia por consiguiente ser el primero en despreciarlas. Por esto habia tomado por divisa de toda su vida estas palabras que las confunden: *Ego sum mitis et humilis corde.*

Despues de las grandezas carnales vienen las intelectuales, que le son infinitamente superiores, porque no solo le sobreviven, sino que ademas las hacen vivir é inmortalizan su memoria. "¡Feliz Aqui-"les, esclamaba Alejandro, por haber tenido un "Homero!" Sin embargo, no son estas á las que un Dios debia limitarse. Si hubiese querido, ¿quién habria podido gozar de ellas mas que Jesucristo? ¿Qué filósofo, qué orador hubiera tenido mas discípulos que aquel que llevaba los pueblos suspendidos de los encantos de su boca, y que les obligaban á esclamar: *Nunca habló nadie como él* (2)? Le seguian hasta al desierto, y necesitó hacer un milagro para alimentar allí á la multitud, que se olvidaba hasta del cuidado de la vida por escucharle. Y de toda esta gloria, ¿qué guarda para sí? Nada. La ofrece toda á su Padre, y sin querer atribuir ningun mérito ni á su estudio ni á su genio, dice que su doctrina no es suya, sino de *aquel que lo envió.* Lejos de autorizar con su ejemplo las vanidades de la inteligencia humana, se complace en desconcertarlas y confundirlas por la sencillez incomparable de sus palabras, por la rusticidad de sus discípulos, y en fin, por la locura de su cruz.

Ultimamente, sobre las grandezas sensibles, sobre las grandezas intelectuales, está colocada la grandeza moral: la virtud, la santidad, única grandeza verdadera, que se sostiene por sí misma, que no necesita ni de trofeos ni de alabanzas, y que por el contrario, es tanto mas sublime cuanto es mas despreciada é insultada, que tiene la conciencia por trono y el ojo de Dios por testigo. Esta era la única digna de un Dios. Platon, el mas sabio de los filósofos, habia entrevisto ó concebido el ideal de esta grandeza moral, con señales enteramente idénticas á las de Jesucristo crucificado. "Parece "que Dios, dice con este motivo Bossuet, comuni-"có esta maravillosa idea de virtud al talento de un "filósofo, para realizarla en la persona de su Hijo, "y hacer ver á los hombres que el justo tiene otra "gloria, otro descanso, y en fin, otra felicidad que "la que puede alcanzarse en la tierra.—Establecer "esta verdad, y mostrarla tan visiblemente cumpli-"da en sí mismo á costa de su propia vida, era la "obra mas grande de que un hombre era capaz; y "era tan grande aun para el mismo Dios, que la re-"servó á aquel Mesías tan prometido, á aquel hom-"bre á quien hizo una sola persona con su Hijo úni-"co.—¿Qué podia reservarse en efecto de mas gran-"de para un Dios que venia á la tierra? ¿Qué po-"dia hacer de mas digno de sí que ostentar en ella "la virtud en toda su pureza y la felicidad eterna "á la cual la conducian los mas grandes males (1)?"

¡Qué bien brilló esta grandeza en Jesucristo, precisamente porque se mostró desnudo de todas las demas! "¡Qué bien vino con el resplandor de su "órden!" esclama Pascal. Efectivamente, ¿podia darse un acompañamiento mas digno de aquella santa majestad que las humillaciones y los sufrimientos, ni mas hermoso trono que aquella cruz, desde la cual repudia todas las falsas grandezas de la tierra, confunde todas las sutilezas de la sabiduría humana, y anatematiza la criminal vanidad de nuestros placeres?

Por esto podemos decir con el gran S. Pablo, "que lo que parece en Dios locura es mas sabio que "la sabiduría de todos los hombres, y que lo que "parece en Dios debilidad es mas fuerte que todas "sus fuerzas."

Pero esta sublimidad divina y esta fuerza dominadora de la cruz, se descubren principalmente en la última consideracion que vamos á esponer.

En las santas Escrituras, donde podemos decir que el sublime rebosa por todas partes, se halla trazada la historia de Alejandro el Grande con los siguientes caracteres:

"Despues que Alejandro, hijo de Filipo de Ma-"cedonia, primer rey de Grecia, hubo salido de la "tierra de Cethim, y batido á Darío, rey de los "persas y de los medos,

"Dió muchas batallas, se apoderó de todas las "plazas fuertes, y dió muerte á los reyes de la "tierra.

"Y fué hasta los estremos del mundo, y se llevó "los despojos de una multitud de naciones, y en-"mudeció la tierra en su presencia.

"Reunió un gran poder y un ejército muy fuer-"te, y su corazon se envaneció y se hinchó.

"Y se hizo dueño de pueblos y de reyes, y los convirtió en tributarios suyos.

"Y despues cayó enfermo, y conoció que iba á "morir.

(1) D'Aguesseau. *Reflecsiones várias sobre Jesucristo,* t xv.
(2) San Juan, cap. 7, v. 26.

(1) Bossuet, *Historia universal,* 2.ª parte.

"Y llamó y convocó los grandes de su corte, y "viviendo aún, repartió entre ellos su imperio.

"Alejandro reinó doce años, y murió (1)."

¡Qué elevacion, y qué caida! ¡Qué principio y qué fin!—Este es el hombre: todas sus grandezas no son mas que los trofeos de su destruccion.

La historia de Jesucristo es el reverso de la medalla de los hombres, y podemos decir de él que sus abatimientos son los trofeos de su grandeza.

Esta es su historia:

"Despues que Jesus de Nazaret, hijo de María, "hubo pasado los treinta primeros años de su vida "en la pobreza y oscuridad del oficio de albañil,

"Fué la irrision de los hombres de su tiempo.

"Buscando la compañía de gentes de mala vida, "y llevando en pos de sí una porcion de publica-"nos, de débiles mujeres y de pobres pescadores, "fué perseguido y preso como un malhechor.

"Conducido de tribunal en tribunal, entregado "como un loco á las burlas del populacho, azotado "como un esclavo, y clavado en una cruz entre dos "ladrones, al fin murió.

"Despues de todo esto.... llegó á ser el rey in-"mortal de toda la tierra y de todos los siglos."

Entre todos los medios que podia escojer la Divinidad para dar á los hombres una idea de su poder, ¿podia inventar otro mas grande que el hacer que un hombre de baja estraccion, mas degradado todavia por la infamia de su muerte, llegase á ser, á pesar de su abyeccion, ó por mejor decir, por su misma abyeccion, ó mas bien por la infamia y con el mismo instrumento de su suplicio, llegase á ser, repetimos, desde luego el reformador del género humano, el Dios de la tierra y el objeto de la adoracion, del temor y del amor de todos los hombres, confundiendo á sus piés sus condiciones y sus inteligencias?—¿Podia encontrarse nada mas grande que el ver caer en presencia de este Crucificado todo el paganismo, con sus Júpiter y sus Venus, romperse el hacha de los Césares, detenerse el torrente de los bárbaros, dispersarse las escuelas de la filosofía, desarraigarse las instituciones y los hábitos mas inveterados, trasformarse las preocupaciones y los afectos de la misma naturaleza, y ver que él mismo, el tipo de la infamia y de la debilidad, se convierte de repente en el mas precioso ornamento de las coronas, y en la recompensa del valor?—¿Podia haber nada mas grande que el verle triunfar de todas las grandezas y de todas las fuerzas reunidas de la humanidad, y triunfar á pesar de las mas furiosas resistencias, y por medios siempre conformes á su estado: humildes, débiles, pobres, toscos, de todos y con todos triunfa siempre y por todas partes; y ver que el tiempo, este último y fatal escollo de las cosas humanas, que nada perdona, pierde solamente en gracia de este mismo Crucificado las propiedades de su naturaleza, y cede su lugar á la eternidad?

¿Puede concebirse una espresion mas pura del poder de Dios, que semejante prodigio?

(1) *Lib.* 1.° *de los Macabeos* cap. 1.°

"Si eres el Cristo, Hijo de Dios, decian los ju-"díos al Salvador, baja ahora de la cruz, y creere-"mos en tí (1)."—Precisamente porque es el Hijo de Dios, dice d'Aguesseau, no bajará de la cruz. Las palabras del Hijo de Dios son inmutables. Predijo que moriria en la cruz, y en ella morirá. Para un hombre hubiera sido algo bajar de la cruz y salvarse; pero es digno de un Dios, y no conviene sino á un Dios el triunfar sobre la cruz, el atraerse á sí el universo, el vivir y dar la vida por medio de la misma muerte (2).

No es posible descartarse de esta consideracion: es demasiado poderosa. No se conoce un solo prodigio que se le pueda comparar, y se necesita una absoluta ceguedad para no verlo.

En el órden material el acto mas admirable del poder divino es el haber criado el mundo de la nada. Pues bien, ¿qué será el haber reformado el mundo moral, el haber dado á luz el cristianismo, y el hacerlo descansar con una inmutabilidad eterna sobre la nada, y hacerlo atravesar del mismo modo el océano de los tiempos?—Hay algo todavia de mas prodigioso: pues la cruz de Jesucristo no es solo, humanamente hablando, lo que podriamos llamar *nada*, sino que parece ademas un obstáculo: *locura* para los judíos y *escándalo* para los gentiles. El mundo cristiano no solo fué sacado de la nada, sino de entre los elementos mas violentamente contrarios á su naturaleza; y sin embargo, á despecho de todos estos obstáculos y de todos estos elementos, apareció lleno de vida desde el principio, y subsiste y se agranda incesantemente, venciendo siempre todas las conjuraciones de sus mas poderosos enemigos, que en vano se conciertan para destruirlo. En una palabra, todo lo que constituye la imposibilidad y la ruina inevitable de las empresas humanas, contribuye á que esta grande obra del poder de Dios esceda en fuerza y en duracion á todo lo que ha ecsistido desde que fueron criados los primeros séres.

"Si la divina sabiduría de la cruz es impenetra-"ble en sí misma, dice Bossuet, se manifiesta por "sus efectos. La cruz despide una virtud que ha-"ce estremecer á todos los ídolos. Se les ve caer "por tierra, á pesar de estar sostenidos por todo el "poder romano. No son pues los sabios, no son "los nobles, no son los poderosos los que han obra-"do tan gran milagro; la obra de Dios siguió sus "efectos; y lo que habia principiado por las humi-"llaciones de Jesucristo se consumó por las humi-"llaciones de sus discípulos. Los apóstoles y sus "discípulos, la escoria del género humano, y la na-"da misma, si se les mira con los ojos humanos, "pudieron mas que todos los emperadores y todo "el imperio. Los hombres habian olvidado la crea-"cion, y Dios la recordó sacando de esta nada á su "Iglesia, á la que concedió omnímodo poder contra "el error; y confundió con sus ídolos toda la gran-"deza humana que se interesaba en defenderlos, é

(1) Luc., cap. 23, v. 39.
(2) D'Aguesseau, *Reflecsiones diversas sobre Jesucristo*, t. xv, p. 597.

"hizo tan magnífica obra, del mismo modo que ha-"bia hecho el universo, por la sola fuerza de su pa-"labra (1)."

Para reasumirnos, diremos pues que en la cruz de Jesucristo se descubren en el grado mas infinito, y al mismo tiempo mas al alcance del hombre, todos los atributos divinos: la santidad, la justicia, la bondad, la sabiduría y la omnipotencia. Y estos atributos se descubren en ella sin perjudicarse los unos á los otros, antes al contrario, sosteniéndose y justificándose recíprocamente, de manera que el verdadero carácter de Dios nada pierde en ella, á pesar de que el carácter del hombre es allí invitado y atraido para conformársele.

En esa cruz se nos manifiesta Dios con todo el esplendor de su santidad y de su justicia, y á la vez con toda la magnificencia de su misericordia y de su amor. Es justo hasta en la absolucion del culpable. Nos revela su profundo odio al pecado en el mismo acto por el cual perdona al pecador. Con un mismo golpe hiere y cura, castiga y salva. Nos une á sí hasta hacer una sola persona con nuestra humanidad y su Divinidad, y al mismo tiempo declara que todas las criaturas juntas no tienen ningun valor natural ante su soberano acatamiento.

La religion natural nos enseña que no hay relacion posible entre lo finito y lo infinito; que Dios debe siempre obrar á la vez segun las inclinaciones de su justicia y de su misericordia, y conciliar la accion de su sabiduría y de su poder; pero ¿cómo pudieron estos atributos llegar á tener un contacto tan feliz en la obra de la redencion? Esta dificultad no puede esplicársela el hombre que profesa esta religion; pero cuando llega á conocer la doctrina de la cruz de Jesucristo, descubre desde luego la perfecta madurez y el desarrollo completo de los principios, de los cuales no poseia antes mas que las semillas elementales. En esa cruz se ha dignado el Señor, por un efecto de su compasion hácia nuestras miserias y de condescendencia con nuestra debilidad, dar vida y realidad á los confusos rasgos de la religion natural, y revestir las leyes eternas que arreglan su gobierno espiritual de una forma que pudiese hacerlas accesibles á nuestra concepcion y ponerlas al alcance de nuestras necesidades. La doctrina de la cruz anticipa los descubrimientos de la muerte, y solevantando el velo que nos oculta á Dios, nos muestra de mas cerca su carácter en sus verdaderas proporciones, y nos hace ver así los puntos por los cuales nos distinguimos de él, y por los que debemos procurar asemejárnosle.

Esta manifestacion nueva para la humanidad está sin embargo muy lejos de serle estraña, porque se halla en armonía con las inspiraciones de nuestra razon y nuestra conciencia, hácia las cuales nos reconduce. Mas aún, nos reune como fragmentos dispersos, suple los que se perdieron y los junta todos en un glorioso conjunto de belleza y simetría. Satisface el corazon del hombre en todas sus facultades y en todas sus afecciones. Su accion se halla siempre ecsatamente adaptada á los principios elementales de nuestra naturaleza, y la gloriosa verdad que revela está al alcance de todos los espíritus. Inteligible para el niño, puede no obstante dilatar y sublimar la inteligencia de un ángel. A medida que se agranda el entendimiento, va esta verdad agrandándose con él, y debe agrandarse eternamente, porque es la imágen viva del Dios infinito. Con todo, por mas inmensa que sea, se la encuentra siempre en disposicion de producir por todas partes un efecto relativo á la capacidad de los que la reciben, aunque sea en la inteligencia mas limitada (1).

Contemplemos pues en la cruz el glorioso carácter de Dios, y unámonos para rendir gracias y alabanzas al que se dignó introducir, por caminos tan oscuros, la luz de este carácter en el corazon del hombre. Ejercitemos nuestra inteligencia en estas sublimes y purificantes meditaciones. Fijemos nuestros ojos en ese instrumento de salvacion que vemos con tanta frecuencia y que nunca miramos con atencion. En las horas de enfermedad ó de desgracia, tan frecuentes en la vida del hombre, toma una espresion solemne y penetrante, y distribuye al entendimiento y al corazon luces y consuelos, á cuyo lado todo es tinieblas y disgusto. Vosotros, sobre todo, que os habeis propuesto la investigacion de la verdad, y que flotando de sistema en sistema, deseais poderos fijar en algo decisivo, entrad en la doctrina de la cruz, y debajo del símbolo vulgar que la representa descubriréis una filosofia sublime y cierta, sencilla y fecunda, que resolverá todos los grandes problemas de nuestros destinos, que juntando la sintesis al análisis por medio de un encadenamiento luminoso, reunirá la verdad como en un solo punto, y os permitirá sin embargo seguirla en sus infinitos desarrollos; que ofrecerá á vuestra errante imaginacion una ancha y sólida base sobre la cual podréis asentar y levantar en fin, sin contradiccion, el edificio tantas veces destruido de vuestras convicciones, y poseer en la calma de la fé los verdaderos bienes de la inteligencia.

Pero la doctrina de la cruz no se recomienda solo por su *enseñanza*, sino tambien y principalmente por sus *aplicaciones*. Acabamos de ecsaminar su mecanismo; fáltanos ahora verla funcionar.

(1) Bossuet, *Historia universal*, 2.ª parte

CAPÍTULO X.

La redencion.—Sus aplicaciones.

No se nos ha mandado creer, para que nos limitemos á creer, sino mas biem porque los objetos revelados á nuestra fé tienden naturalmente á producir felices é importantes resultados en nuestro des-

(1) Hemos procurado intercalar en los párrafos precedentes algunas de las mas felices espresiones del *Ensayo sobre la fé*, de Erskine. En ellas se descubre el genio inglés, cuyas composiciones algo vaporosas y flotantes se prestan con dificultad á las citas, y exigen ser leidas por estenso.